

EL OJO DE BERLÍN

Tenía ya todo listo, bajé las escaleras con las llaves en la mano y eché un último vistazo a la casa. Wall, sentado, me miraba quieto con la lengua fuera desde la alfombra.

-Nada de morder el sofá -le dije seriamente. Este ladeó la cabeza y siguió jadeando con la lengua colgando.

Cerré la puerta y salí a disfrutar de aquel soleado día de verano. Iba sin rumbo, a sentir la ciudad, aquel enigmático laberinto donde había vivido tantas locuras durante estos últimos cuatro años y que, a pesar de pateármela entera –más de noche que de día– sentía que no había desvelado todo su misterio. No se veía ni a un solo turista por las aceras, solo gente atareada que iba mirando su móvil de camino a la oficina, niños con mochilas subiendo de la mano al autobús y enormes filas de coches como serpientes, ¿acaso se darían cuenta del buen día que hace? No brillaba tanto el sol en Berlín desde hace mucho, ni recuerdo la última vez en que las copas de los árboles parecían collares de esmeraldas. La gente ve, pero nunca observa, ni siquiera los turistas lo hacen, su cámara lo hace por ellos y si me iba a proponer algo en este paseo era exactamente eso, observar, ver con detenimiento aquellos lugares de los que siempre paso por alto...

De pronto desperté, me di cuenta de que estaba cerca del Checkpoint Charlie, ¿tanto había andado?, mi propia abstracción meditativa me había aislado del espacio y del tiempo. Hannah Arendt Strasse, ponía en la placa, haciendo memoria, recordé que en esta calle vivía mi antiguo amigo Lukas, junto aquel trozo de muro... Caminé hacia allá y me paré en frente de la lámina de piedra, sí, aquí teníamos una foto los dos juntos. Atentamente, como mi misión de hoy requería, empecé a examinar los pequeños agujeros de las balas, llegando a sentir su sonido al estallar contra la piedra. Miles de

imágenes empezaron a cruzarse en mi mente cuando una fuerza me tiró al suelo y caí: el soldado de *graffiti* había salido del cuadro.

-Ich habe es geschafft!, mein Gott!, ich habe es übersprungen! -exclamó con la respiración agitada y con lágrimas en los ojos.

Nuestras miradas se cruzaron, sus ojos desprendían la energía del tigre. Sin darme tiempo a reaccionar, el soldado cruzó la carretera eufórico y el coche no tuvo tiempo para frenar. Su boca pronunció la palabra *Emma* antes de que saliera despedido por los aires y un concierto de bocinas estalló de pronto, pero el soldado no se hallaba en el suelo, sino que su cuerpo había sido llevado por el viento.

Por fin, tras la brusca caída pude levantarme y me di cuenta de que el dibujo había vuelto a su sitio. El soldado alemán volvía a estar en el trozo de muro, justo en el aire entre las dos Alemanias.

Entonces, sentí un *déjà vu*, recordé aquel momento en la casa de mi tía Rosalía en Santiago de Chile, cuando su tatarabuela salió del cuadro de la cocina para decirme que había visto cómo doña Alcántara había envenenado la tarta del cumpleaños de la abuela. Luego con las mismas se volvió a meter en el cuadro, no sé ni tan siquiera como bajó.

El conductor del coche miraba de un lado a otro atónito y preguntaba, fuera de sí, qué había pasado y dónde estaba aquel hombre. Mi corazón solo podía sentir dolor al ver tal situación, aquel soldado tenía mis más sinceras condolencias, a su vez me preguntaba quién podría ser esa tal Emma, su madre, su mujer, su hija... espero que la hubiese llegado a encontrar en su época.

Desalentada, decidí abandonar aquel escenario sigilosamente entre la multitud que exclamaba agitada *War er ein Soldat?, woher ist er gekommen?, was für eine Schande!* Gritos de indignación se agolpaban entre el barullo, *¡la gente joven, haciendo siempre el loco por las calles! ¡no tiene ningún respeto por la memoria histórica!* Si explicaba

lo que realmente había ocurrido, me iban a tomar por verdadera la loca, así que eché a andar hacia Mehringplatz, en el barrio de Kreuzberg, para ver si podía tomar algo para almorzar. De camino había un puesto ambulante de kebabs donde un hombrecillo turco me atendió amablemente.

-No vas a encontrar ninguno como estos querida, es una receta que se ha transmitido en mi familia desde generaciones, totalmente hechos con ingredientes naturales, hasta la salsa de yogurt.

Enternecida por la vejez de aquel hombre compré uno y mientras lo devoraba por el camino, recordé la receta del estofado de cordero de mi abuela que ni siquiera ella quiso que la criada la cocinase, decía que solo las mujeres Bastos podíamos hacerla. Según la chamana del pueblo, una maldición caería sobre nuestra capacidad de dar descendencia si la receta era transmitida fuera de la familia.

Eran las doce del mediodía, llegué a Mehringplatz y continué dirección hacia el río Sprea. Mientras caminaba unos niños turcos perseguían una pelota y su madre, agarrándose el pañuelo negro a la cabeza, les gritaba para que parasen y no cruzasen la acera. A paso lento me iba deslizando por las calles, deteniéndome en los escaparates de las exóticas teterías o en las tiendas de alfombras, pues mi cometido de hoy requería observar todo con detalle. Era extraño, parecía que estuviese en un pequeño Estambul y era yo la que tenía la sensación de ser una extranjera.

De pronto, las nubes cubrieron el sol y una leve ventisca azotó los árboles, miré hacia el cielo y no me sorprendió ver el cambio de temperatura, al final en Alemania siempre resultaba de alguna manera predecible. Así continué con paso paulatino, disfrutando de aquella brisa, experimentando que a cada paso que daba vencía a la gravedad, a la vez que sentía cómo miles de ojos se detenían en mí. La verdad es que hace mucho que no paseaba por el barrio turco de Berlín.

Tras andar un poco llegué a Mariannenstrasse. Cada vez sentía algo raro en mi respiración, como si fuera una radio sin sintonizar, hasta que, pasando por un bajo dirigí mi mirada hacia la cristalera, segura de que tenía el pelo hecho un desastre por el viento. Sin embargo, no me vi a mí misma, sino que vi a un astronauta. Levanté un brazo y acto seguido aquel reflejo hizo lo mismo, miré mis manos, pero estaban desnudas, sin cubrir por ningún traje. Empecé a dar saltos, a levantar la mano, a dar vueltas y a reírme, lo que hizo que la gente que iba por mi acera cruzase a la otra, entonces paré algo abochornada. Me sorprendió reflejarme en un astronauta, mi tía Juana, cuando me ponía enfrente al espejo, siempre identificaba mi alma con la de un juguetón colibrí.

Parecía que me había transformado en una prolongación de aquel gigantesco dibujo a plantilla de aquella vivienda en Mariannestrasse. Entonces, ¿qué significaría esto?, realmente me sentía como un ser extraño en un mundo paralelo al centro de Berlín, como aquel enorme *graffiti* del astronauta entre edificios. No obstante, conforme había observado y comprobado a lo largo de mis cinco años en la ciudad, aquella pequeña población turca no parecía sentirse extranjera. Como Chinatown en Londres o el Bronx en Nueva York, creo que cada vez más, todos dejamos de lado nuestra estirpe para pasar a ser astronautas en un mundo sin identidad, mixto, globalizado... Siendo Berlín una ciudad multicultural, es de las pocas que ha aprendido de su historia.

De nuevo, a cada paso que daba, sentí que la gravedad volvía a caer sobre mí y empecé a echar de menos a la sensación de poder flotar –pero eso no quería decir que no siguiera siendo una astronauta–, mis pies pisaban con fuerza el suelo al compás de las agujas de un reloj *tac, tac, tac* hasta que me empecé a pisar las baldosas de una pasarela.

Desconectando de mi abstracción levanté la cabeza y vi que había llegado al Oberbaumbrücke o el puente Oberbaum. Me quedé pensativa mirando al frente, pues

estaba cansada de tanto andar, así que decidí sentarme en un parque a la derecha del puente a descansar. Yo siempre me fío de mi instinto y este me condujo a un viejo banco de madera enfrente del cual se podía ver uno de los *graffitis* más grandes de Berlín, *El Hombre Rosa* del italiano Blu. Era curioso, ya que mostraba a un ser humano de inmensas proporciones, sin ojos, hecho de pequeños hombrecitos de color rosa y que sostenía en su dedo índice a un hombrecillo azul. Me fijé en aquella figura, tenía una expresión de súplica en el rostro que me recordaba a todas aquellas voces de libertad que han sonado por encima de los fusiles, aquellas que siempre han querido ser apagadas por algún gran y mezquino gigante. Me acerqué a la pared para observarlo más de cerca y con suavidad posé mi mano sobre el *graffiti*, entonces, un grito bestial salió de la boca del ser y poco a poco comenzó a llevar aquel hombrecillo azul a su enorme cueva de estalactitas.

-¡Para!, ¡para! -grité.

El monstruo me miró y mis nervios se congelaron, la inexpresividad de su cara lo hacía aún más terrorífico. Sin hacer caso de mis gritos, se llevó el hombrecillo a la boca y a continuación, su figura se tornó azul. Sentado como estaba se levantó, salió de la pared y comenzó a caminar de manera patosa y torpe, pues supongo que estar tanto tiempo sentado te atrofia las piernas. Saltó y puso los dos pies en el río y siguió caminando con su paso lento levantando las aguas y sin darse cuenta de que tenía un hombrecillo rosa pegado a su hombro.

Me quedé donde estaba, tiesa, inmóvil, preocupada por aquel ser, sus pisadas de gigante se hacían cada vez más lejanas... *Espero que esté de vuelta pronto*, pensé, y me giré hacia la pared vacía. *Supongo que habrá ido a dar un paseo, hace un día muy bonito para estar sentado, solo espero que no siga comiéndose a más revolucionarios.*

En ese instante mis tripas rugieron, eran casi las cuatro y mi estómago imploraba comida para digerir, así que me dirigí a un restaurante al lado del East Side Gallery.

Tras comer y descasar mis piernas, continué caminando y dándome cada vez más cuenta de que Berlín no es una ciudad, sino una inmensa galería. Una vez caído el muro, personas reprimidas del bloque soviético y artistas de todo el mundo se reunieron para darle color y vida. Aquel hecho me fascinaba, creo que pone a flote la capacidad del ser humano de tornar algo monstruoso en algo bello, además de que los *graffitis* contenían todo tipo de estilos vanguardistas repletos de colores. Aquí se concentran la mayoría y son el principal atractivo de la ciudad. Un día como hoy se veían dos o tres turistas y la verdad es que lo agradecía, es reconfortante pasear a tus anchas sin nadie que te empuje o sin gritos que oigas a tu alrededor.

De pronto, un avión pasó por el cielo y mientras lo perseguía con la mirada al caminar me di contra un objeto de metal en la pierna, conteniendo las ganas de maldecir a toda mi familia, vi al instante que me había tropezado contra un coche, más bien un Trabant, el modelo típico del Berlín comunista. El coche había salido del dibujo del muro que simulaba un Trabant chocando y rompiendo el bloque, era el coche de *Die Freiheit* o así es como lo bauticé yo. Probé a abrir la puerta y esta cedió, así que me monté dentro y arranqué el coche. Empecé a circular por la acera lentamente, puesto que tampoco quería herir a nadie y quería observar con atención todos los *graffitis*.

El movimiento hippie tenía cabida en los distintos murales, vi *Save our earth* escrito en uno de ellos. Lo encontré bastante gracioso, pues un niño pequeño cogía enfrente un trozo de papel del suelo para tirarlo a la papelera mientras que le hablaba a su madre de lo mucho que le insistían sus maestros en la importancia de reciclar. Más adelante, encontré una imagen de un buda con los siete *chakras* y al lado del mural un yogui que elevaba todo su cuerpo únicamente con sus dedos índices. Acto seguido, había un

extenso *graffiti* de rostros cubistas pintados cada uno de un color distinto y justo enfrente, se agolpaba un grupo enorme de chicos y chicas haciéndose fotos entre los que pude ver diferentes rasgos asiáticos, latinos, árabes y africanos. Seguí conduciendo hasta pasar por delante del *El beso*, del que pude llegar a oír los gemidos y jadeos de los dos líderes políticos en aquel acto de amor tan simbólico. Parecía que sus bocas no se iban a separar nunca más, que estaban selladas por un acuerdo de respeto y de paz. Recuerdo cuando mi tía Rosalía me contó de pequeña que los cuerpos y bocas de dos personas se fundían mágicamente en un beso como la escultura de Rodin, y por ello tuve siempre miedo a dar mi primero, no quería quedar pegada a nadie.

Pronto iba a anochecer, seguí con mi coche hacia mi última parada, Haus Schwarzenberg, un sitio ideal para tomarse una cerveza entre murales llenos de arte urbano. Me senté en uno de los bancos de madera de la terraza del bar *Café Cinema* a contemplar con los últimos rayos de sol los distintos dibujos en las paredes. Un mono gigante con un móvil empezó a saltar y a reír echándose un *selfie*, una calavera miró hacia el cielo y un dibujo de una mujer comenzó a bailar. Aquello era maravilloso, cada *graffiti* transmitía el mensaje de alguna persona y yo quería dejar el mío.

Si aquel lugar se caracterizaba por algo, a parte de su distinguido entorno, era por tener patios interiores para los artistas urbanos, así que fui a comprar un espray de pintura para dejar una huella mía en aquel lugar. Decidí dibujar un ojo, ni de hombre ni de mujer, un simple ojo que viese por mí los nuevos dibujos e historias que iban surgiendo y que contuviese todas las imágenes que había visto por el camino: el soldado saltando, el kebab, el astronauta, *El beso*, a Wall sobre la alfombra, el viejo Trabant, el yogui en equilibrio, el hombre gigante rosa, mi espíritu y el de toda la humanidad.

Cuando terminé alcé la vista, la luna lucía en el cielo y tocaba volver a casa.

Polifacética